

“A cinco años del 19/20 de diciembre”

Intervención de Maristella Svampa,

Encuentro organizado por el Equipo de Ecuación Popular “Pañuelos en Rebeldía”, 18 de diciembre de 2006.

Yo quisiera hacer una reflexión política de lo que ha pasado en estos últimos cinco años, del 2001 al 2006, pero sin duda hay que decir que esto es parte de un proceso más largo. Los números redondos siempre golpean más. Me refiero a los 30 años del golpe de estado, del inicio de la dictadura militar. Un golpe de estado que sin duda tuvo un doble objetivo, primero, la represión de las fuerzas movilizadas; segundo, la implementación de un nuevo proyecto económico que implicó una redistribución del poder social completamente diferente en la Argentina. Para decirlo de otra manera, el golpe de Estado implicó el pasaje - confirmado luego por los sucesivos gobiernos democráticos- hacia la gran asimetría económica, social, política, entre, por un lado, las clases medias pauperizadas, los sectores populares, transformados, en vía de exclusión y, por otro lado, la gran concentración por parte de los grupos económicos. Es en el contexto de *la gran asimetría* que se inserta este ciclo de lucha, que se inicia ya en el 89, con la puesta en marcha de un modelo neoliberal en todos los niveles.

Hay varios ciclos o momentos que abarcan este período. El primero, a partir del 89, se caracteriza por la resistencia sindical y los estallidos en las distintas provincias. El segundo arranca a partir del 96, con la emergencia de un nuevo actor, las organizaciones piqueteras, que van a crecer en fuerza, en capacidad de representación, en visibilidad. En 2001 se produce sin duda el quiebre del consenso neoliberal y una crisis en la hegemonía de los sectores dominantes, que tiene como correlato, por un lado, el colapso del modelo de convertibilidad, que implicó la exclusión de grandes sectores, por otro lado, la acumulación de fuerzas, en términos de luchas realizadas por distintos actores. Por último, 2001 marca también la emergencia de nuevos actores, de nuevas luchas.

Así, Diciembre de 2001 es, entonces, tanto la expresión de un proceso de acumulación de luchas contra un modelo excluyente, como la emergencia de algo nuevo, marcado por la vuelta de la política a las calles, por la generalización espontánea de otras formas de hacer política, de carácter basista y asambleario

A partir de Diciembre de 2001, La Argentina, no lo olvidemos, se convirtió en una suerte de laboratorio social, expresado no sólo por las asambleas barriales, sino también por las fábricas recuperadas, aún por las protestas de los ahorristas, y por supuesto, por las luchas piqueteras. Esas luchas que se abrieron y que dieron cuenta de una crisis fuerte de hegemonía, tuvieron una gran productividad política, pero al mismo tiempo, presentaron grandes limitaciones.

De hecho, la consigna "**que se vayan todos**" mostraba una gran limitación, en tanto y en cuanto era una consigna puramente destituyente, una consigna negativa a partir de la cual no pudieron articularse políticas unificadoras, proyectos alternativos en común a partir de los cuales confrontar con el régimen que estaba en crisis.

Sin duda, la masacre del puente Pueyrredón, en junio de 2002, marcó una gran inflexión, porque expresó el llamado a una estrategia represiva, por parte de un gobierno débil y con una crisis de legitimidad muy fuerte. Asimismo, ese golpe mostró de manera trágica la centralidad de las organizaciones piqueteras y también la vulnerabilidad de las mismas. Más aún, volvió a recordar el contexto en el cual se insertaban las luchas, un contexto de *gran asimetría* de fuerzas.

La llegada de Kirchner al poder, en 2003, también significó una nueva inflexión, porque efectivamente desembocó en una redefinición del escenario político.

Muchos no lo quisieron ver en ese momento, muchos le negaron la productividad política que de hecho tuvo su llegada; no sólo por los gestos políticos que hizo en ese sentido Kirchner, sino porque, de alguna manera, capitalizó una demanda de normalidad que se estaba instalando en la sociedad

y que implicaba también colocar en el centro de la agenda la problemática del orden, la problemática del *retorno a la normalidad*.

La consigna "por un país en serio, por un país normal", sin duda no es casual. Por un lado, suscitará un gran expectativa en diferentes sectores, colocando de nuevo la atención en el sistema institucional. Por otro lado, a partir del quiebre del consenso neoliberal, producido en diciembre de 2001, el nuevo gobierno asumirá una retórica antineoliberal. Hablo de retórica, aclaro. Creo que esto es fundamental para comprender el proceso –aunque precario– de recomposición de la hegemonía, y sobre todo, el gran poder de interpelación que el nuevo gobierno tuvo hacia el campo militante. A esto hay que agregar que la asunción de Kirchner se dio en el marco de un nuevo escenario regional. Todo ello suscitó grandes expectativas y produjo un realineamiento al interior del campo militante, dividiéndolo profundamente. No sólo me refiero a las organizaciones piqueteras, sino también a las organizaciones de Derechos Humanos, a las organizaciones campesinas e indígenas, de ciertas corrientes del sindicalismo, como lo muestra de manera muy clara la CTA; así como también las organizaciones que luchan por la diversidad sexual. La división abrazó el conjunto del campo militante. Y esto se dio en un escenario en el cual ya se habían debilitado y desdibujado aquellas nuevas expresiones del 2002, sobre todo las asambleas barriales. En fin, no hay que olvidar que este realineamiento de las organizaciones no sólo se dio en el marco de un discurso o retórica antineoliberal asumido por el propio gobierno, sino en un contexto de reactivación económica.

Muchos creyeron dentro de las organizaciones sociales, críticas, combativas, antisistémicas, que el gobierno de Kirchner era más de lo mismo, y se equivocaron en ese sentido. Realizaron un diagnóstico equivocado de la situación. No supieron captar la complejidad de la nueva situación. No supieron captar sobre todo la fuerte demanda de normalidad que había en la sociedad y los elementos novedosos de los cuales era portador el peronismo, con todas las limitaciones que implicaba la recomposición de la hegemonía.

Ese realineamiento del campo militante, produjo además la reactivación de la *tradición nacional-popular*, la cual tiene un rol importante en nuestra

propia historia, y que había estado sepultada de alguna manera en los años de neoliberalismo. La tradición nacional-popular identificada con el peronismo, volvió a estar a la orden del día, fue la más interpelada; sobre todo mucho más en términos de escenario regional, donde la figura de Chávez aparecía y aparece como el gran referente.

En el medio de esto, la estrategia del gobierno de Kirchner, no fue sólo la incorporación y de cooptación de esas organizaciones filopopulistas, esas organizaciones que remitían a la matriz o a la tradición nacional popular, sino también el disciplinamiento, la demonización de las organizaciones críticas, el avance de la judicialización de los conflictos sociales. Esta estrategia se centró muy especialmente en las organizaciones piqueteras, que tuvieron un gran protagonismo a partir de la ocupación casi diaria del espacio público desde el 2002 en adelante.

En este sentido, un punto de inflexión, no hay que olvidarlo, fueron los hechos de la Legislatura porteña, ocurrido a mediados de 2004. Esos hechos, televisados en directo a todo el país, llevaron un mensaje al resto de la sociedad, un mensaje que fue interpretado como una necesidad imperiosa de normalidad, un llamado a que situaciones como éstas tenían que acabarse. Ello contribuyó a la deslegitimización, no sólo del campo piquetero, sino del conjunto del campo militante, que se había movilizó para repudiar el Código contravencional, que estaba aprobando la Legislatura porteña.

Desde mi perspectiva hay entonces tres cuestiones centrales, en lo que se refiere a la dinámica política, que deberían incluirse en este debate.

En primer lugar, la política de judicialización, de demonización que llevó a cabo el gobierno, junto con los sectores de poder y los grandes medios de comunicación, mostró precisamente el carácter desigual de la lucha, lo cual terminaría por quebrar aquellos lazos, aquellas relaciones de solidaridad que se habían desarrollado entre las organizaciones territoriales, sobre todo las organizaciones piqueteras y las clases medias movilizadas. Hubo entonces un **quiebre fundamental de solidaridades**, de aquellas "pasarelas" sociales que se habían construido en el año 2002 y a lo largo del 2003.

En segundo lugar, el gobierno de Kirchner tuvo la capacidad de apropiarse, a través de la retórica antineoliberal, de una parte del discurso crítico que fue central durante la lucha, durante la resistencia de los años 90. Esa reapropiación, que desorientó a muchísimos actores, pudo hacerla, recurriendo o apelando a lo que podríamos denominar, citando a Claudia Korol, como el **setentismo**.

Hay, efectivamente, una apelación al *setentismo*, sobre todo, un llamado a esa generación que luchó durante los años setenta, más allá de la organización política en la que cual se haya inscripto su lucha en aquellos tiempos. Con esto quiero decir que para toda una generación éste gobierno representa algo así como “la última oportunidad” para convertirse en protagonistas de la historia. **El setentismo**, más la reactivación de la **tradición nacional popular en clave latinoamericana** o regional, creo que fue fundamental, para producir una desorientación y un desconcierto en una gran parte del campo militante crítico.

Por último, hay que decir que se instalaron **nuevas fronteras del conflicto**. El gobierno buscó correr o desplazar del protagonismo a las organizaciones territoriales, dando primacía a los conflictos sindicales. En ese sentido hay que aclararlo, los conflictos sindicales se reactivan a partir del año 2004, y vamos a ver emerger nuevas expresiones sindicales, con una gran riqueza. Pero el período señala también el retorno del sindicalismo dominante, con la CGT unificada y dispuesta a tener un fuerte protagonismo. Por otro lado, el liderazgo del Kirchner y el cambio de clima ideológico en varios países latinoamericanos, volvieron a recordarnos el origen peronista de muchos dirigentes de la CTA, procedentes de la tradición nacional-popular.

La instalación de nuevas fronteras sociales implica, sobre todo, un cierre de las fronteras respecto del mundo de los excluidos, a partir de la masificación de la política social asistencial, a través de una batería de planes sociales. En este sentido, hay que decir que desde el comienzo, para las organizaciones sociales, la aceptación de la política de planes sociales encerraba potencialidades, pero también tenía limitaciones. Esta potencialidad se hizo visible a fines de los '90, cuando los planes sociales, en manos de las

organizaciones piqueteras, sirvieron para desarrollar nuevas organizaciones y para acumular poder. Pero en la actualidad, la masificación de la política social apunta a reproducir la pobreza en el marco de la consolidación de un modelo asistencial-participativo. Hoy vemos entonces las limitaciones, más bien perversas, que se manifiestan en este modelo, que apunta a incluir al excluido como excluido, en un marco de naturalización de las desigualdades sociales.

Estas tres cuestiones (el quiebre de solidaridades, el setentismo y la ilusión populista, y el corrimiento de las fronteras del conflicto social), referidas a la dinámica política, pintan, creo yo, el escenario político actual en la cual se inserta el conjunto de las organizaciones militantes.

Sin embargo, no todo fue producto de la acción de un peronismo "incorregible" o eternamente conspirativo, sino que hacia adentro del campo militante, hubo sin duda, muchas dificultades y problemas. De alguna manera se potenciaron ciertas falencias que antes se leían como "tensiones". Fuimos transitamos un período que marcaría el pasaje *de la heterogeneidad a la fragmentación* de las organizaciones. Porque es sabido que siempre hubo organizaciones muy heterogéneas entre sí. Sin embargo, a partir del 2002 y a lo largo del 2003, con la redefinición del escenario político, la fragmentación va a ser más marcada, como producto del pasaje *de la cooperación a la competencia*, visible en la colisión de tradiciones ideológicas, en el conflicto entre diferentes tradiciones ideológicas.

Hay aquí otros tres temas que me gustaría subrayar y traer a la discusión en esta jornada de reflexión.

En primer lugar, creo que efectivamente el campo militante, ese extenso, ese multiforme campo militante, cayó en la trampa que tendía el gobierno, que era el dilema **gobierno u oposición**. Ese dilema o esta trampa favorecía sin duda al gobierno, que en términos de relaciones de fuerza, tenía y tiene, sin duda, todas las de ganar.

No es que los actores no fueran conscientes de esta desigual relación de fuerzas o que olvidaran la gran asimetría en la cual se desarrollaba la acción, pero en ese sentido hubo gran dificultad, por instalar un mensaje diferente, un mensaje que hiciera alusión a un proyecto de país, a una alternativa diferente

en la cual pudieran converger los diferentes movimientos, que se colocara a distancia del dilema de estar por o contra el gobierno, como si ésa fuera la única definición posible. Esto favoreció sin duda a una mayor fragmentación de ese espacio militante.

Como segundo tema, creo que a partir del 2002 y sobre todo en el 2003, hubo una colisión de las diferentes tradiciones político-ideológicas que atraviesan el campo militante argentino. Por un lado, se vieron muy claramente las limitaciones de la izquierda partidaria. Una izquierda muy dogmática, que no pudo con su genio y desarrolló una tentación hegemónica muy clara, no sólo al interior del movimiento piquetero, sino también de las asambleas barriales.

Esto también fue acompañado por las limitaciones que mostró lo que podríamos llamar la nueva narrativa autonomista. Este es un campo muy heterogéneo, pero creo que hay que reconocer que en este período triunfaron las demandas más exacerbadas de autonomismo, lo cuál se evidenció en la imposibilidad de construir o de pensar posibilidades de articulación política. Para esta visión, sólo la coordinación es posible, en pos del respeto por las diferencias. En este sentido, creo hay que separar lo que es demanda de autonomía, una demanda legítima que atraviesa una gran cantidad de organizaciones sociales, y lo que es el autonomismo, como expresión política extrema.

Creo que más allá de la reactivación de la tradición nacional popular, de la "*ilusión populista*" que hoy pueden estar viviendo algunos sectores del campo popular militante, entre 2002 y 2003, se fueron potenciando las tensiones entre las otras dos tradiciones, lo cual no hizo sino actualizar los elementos más reactivos, más negativos de las mismas. De esta manera se instaló una suerte de falso dilema, entre **hegemonismo versus, autonomismo.**

Digo falso dilema porque el autonomismo extremo o exacerbado en ese sentido, mostró de hecho claras limitaciones en términos de construcción política, como se vio tanto al interior del movimiento piquetero como en las asambleas barriales. En esa reivindicación extrema del autonomismo no hay

solamente un planteo sobre la imposibilidad de pensar lo político en términos de articulación. Hay también sin duda una tentación de repliegue en lo micro social y un desprecio por la actuación en otros niveles de acción, sobre todo en el nivel nacional.

En ese sentido el fundamentalismo autonomista fue negativo y no sólo eso. En términos de retórica o de discurso, ejerció una enorme seducción, tuvo un poder de encantamiento que no lo tuvieron otras narrativas u otros lenguajes políticos.

Por otro lado el hegemonismo, que representaron o ilustraron los partidos de izquierda, mostraron hasta qué punto podía llegar el dogmatismo ideológico, hasta dónde podía llegar la visión cortoplacista en relación a la construcción política, así como el escaso respeto por las construcciones independientes.

¿Por qué digo que estamos ante una falsa antinomia u oposición? Porque creo que esta polarización llevó a confundir cualquier demanda legítima de autonomía con el autonomismo sin más, así como identificó cualquier aspiración de articulación política o de construcción de un polo contrahegemónico con vocación hegemónica. Así, los dos polos tendieron a reducir una realidad que es mucho más compleja.

En realidad el campo militante, el campo de la *izquierda independiente*, es un campo extenso, amplio, en donde existe una multiplicidad de organizaciones que no se identifican ni con un polo, ni con el otro. Un campo amplio en el cual existe una búsqueda por construir proyectos de poder, proyectos contrahegemónicos, que coexiste con una demanda de autonomía, entendida en términos de auto-determinación; un espacio en el cual se desarrollan prácticas democratizadoras, caracterizadas por la participación popular, por el gran protagonismo de las mujeres y por la expansión de la forma asamblea.

En fin, hay una tercera limitación, que atravesó y aún atraviesa el campo militante, además de estas falsas antinomias. Me refiero a las limitaciones que impone el **principio de territorialidad**.

Nosotros, los que acompañamos movimientos sociales, insistimos en que una de las grandes características de las movilizaciones sociales hoy, aquí y en otros países de América Latina, es precisamente su carácter territorial, manifiesta en la defensa y recreación del barrio, del medio ambiente, de la comunidad, realizada en clave antagónica. Sin embargo, si el territorio es el espacio en el cual se resignifican el trabajo, la política y aún más, las subjetividades, también es cierto que esto presenta limitaciones.

En la Argentina, asistimos de parte de muchas organizaciones, grupos, colectivos territoriales, una fuerte tendencia al encapsulamiento. Esta tendencia al encapsulamiento promueve el aislamiento; es la otra cara de la fragmentación, visible en la desconexión con otros niveles de la realidad.

En ese sentido, es necesario pensar la reconexión con otras realidades y niveles de acción desde la propia experiencia territorial.

No hay dudas de que en el territorio está el punto de partida de la construcción de nuevas formas políticas, pero también el territorio es el lugar donde los militantes se agotan en la atención de lo urgente; donde se desdibuja o se pierde la idea de un proyecto político, sobre todo, en términos de alternativa emancipatoria.

Efectivamente, este carácter territorial, nos muestra a veces organizaciones encapsuladas, que se creen autosuficientes y que por ello reducen al mínimo la coordinación con otros grupos. Con ello quiero decir que el principio de la territorialidad, expresada en estos términos, exacerba también una política de las diferencias. Cae en un discurso engañoso en donde se acentúan las diferencias, que la mayor parte de las veces no son tales. Así, ante cualquier mínimo conflicto sobreviene la ruptura, la separación y la emergencia de un nuevo colectivo territorial. Esta lógica es completamente disgregadora pues no apunta a la construcción de nuevas solidaridades.

Pero yo creo que no todo sea debilidad, no todo sea repliegue dentro del campo militante antisistémico, sino no estaríamos, precisamente aquí, todos juntos hoy. Las jornadas del 19 y 20 de diciembre del 2001 produjeron nuevos cruces sociales, produjeron nuevas formas de militancia social, política, cultural.

Hoy en día tenemos nuevas expresiones del sindicalismo, sobre todo a partir del 2003-2004

Hay demandas también de defensa del medio ambiente, que dan cuenta de la centralidad que cobran conflictos de nuevo tipo, donde lo local y lo global, interpelan de manera diferente lo nacional.

Por último, está la forma asamblea, que ha cobrado centralidad y parece anunciarse como nuevo paradigma de la política. En este sentido, creo que es necesario pensar su riqueza, su potencialidad, sus límites.

La Argentina registra ya una historia asamblearia, que lejos está de haberse iniciado en el 2001. Esta arrancó con las luchas y puebladas en el 96 y 97, en la lejana Cutral Có, donde efectivamente hubo una experiencia asamblearia muy rica. Asimismo, ésta era una forma ya adoptada por las incipientes organizaciones piqueteras, y por nuevas organizaciones de Derechos Humanos, como HIJOS. Luego, la forma asamblea se generalizó a partir de diciembre de 2001, con las asambleas barriales y con la emergencia de protestas ambientalistas, como los autoconvocados por las mineras o más recientemente los vecinos de Gualeguaychú, que desarrollan o colocan en el centro también la forma asamblearia.

Yo sé que el mío no es un mensaje complaciente, pero es un mensaje desde adentro, sentido por alguien que comparte este espacio de militancia y acompaña su compromiso de lucha. Al menos eso intento. Y desde ese lugar, veo que son muchos los desafíos.

Para terminar, se me ocurren varias preguntas que están en el texto que el equipo de *Pañuelos en Rebeldía* envió a todos con esta convocatoria.

¿Cómo responder a la demanda de normalidad instalada en la sociedad? Esa demanda de normalidad que es casi el equivalente a lo que fue en los 90 la demanda de estabilidad, piedra basal de la hegemonía neoliberal.

¿Cómo responder a la apropiación del discurso crítico, que ha hecho el gobierno de Kirchner, avanzando sobre los movimientos, no sólo sobre los movimientos filo-populistas, sino sobre una parte importante de los movimientos críticos, contestatarios o antagónicos?

¿Cómo debatir realmente las vías de la emancipación, saliendo de los falsos dilemas?

¿Cómo insertarse, en el nuevo espacio regional-latinoamericano, que nos interpela con experiencias tan diferentes, sin caer en la ilusión populista?

¿Cómo volver a abrir espacios de cooperación, para no seguir sumando más fragmentación y diferencias?

Estas son algunas de las reflexiones que quería compartir con Uds., sin duda confiando en la potencia que tienen los movimientos sociales, las nuevas dinámicas políticas desarrolladas que hoy en día se manifiestan en diferentes espacios, desde los nuevos conflictos sindicales hasta las asambleas auto convocadas por las mineras o en defensa del medio ambiente.

Sin duda habrá que pensar cómo ampliar la plataforma discursiva y representativa de los movimientos sociales, en pos de la construcción de solidaridades externas, y muy especialmente, de nuevas solidaridades internas.

Gracias